

### I

Nada es más necesario y nada es más fuerte en nosotros que la rebeldía. No podemos amar ni estimar nada que lleve la marca de la sumisión. Sin embargo, el mundo del que surgimos y del que heredamos todo lo que somos ha vivido en su totalidad una interminable postración: este origen nos pone en guardia para evitar dejarnos conducir confiadamente por nuestros más firmes sentimientos, con lo que corremos el riesgo de pasar de un talante autónomo y caprichoso a esos juicios sumarios cuyo verbalismo subordina la mente de quienes los profieren. No es menos contrario a la rebeldía *padecer*, en nombre de un principio de insumisión, el mecanismo de las palabras, como inclinarse ingenuamente frente a determinada fuerza soberana. ¿Todo el pasado habrá sido sojuzgado? ¿Y todo habrá de ser noble en el odio o en la envidia que nuestros rechazos encubren?

La peor de las miserias inherente a nuestra condición quiere que nunca seamos desinteresados sin moderación —o sin engaño— y que, por último, aun cuando lo deseáramos rabiamente, el rigor siga siendo insuficiente. El espíritu del hombre cuenta con recovecos demasiado profundos en los que ni siquiera valdría la pena detenerse: pues las verdades que se descubren ahí no distraen menos que las apariencias razonables.

En tales condiciones de dificultad, sólo podemos reír o temer, pero una risa *insidiosa* es más recta que un estremecimiento: al menos significa que no contamos con ninguna clase de refugio y que nos negamos alegremente a ser engañados.

Debía decir esto para empezar. Pues no puedo hacer definitivamente que la "pretensión" de la rebeldía, de cerca o de lejos, se vincule con aquello que los recovecos de un alma humana disimulan como inconfesable; pero *yo me río* y conmigo también se ríe la mente rebelde de esas interminables molestias, así fuera un día en el estremecimiento: río como dije con una risa dichosa, pero que mi ardor desea soberanamente "*insidiosa*". Lo propio de la rebeldía es el no permitir ser sometido con facilidad. Puedo ponerme a mí mismo en entredicho, dudar de mi buena fe. Pero no puedo dejar que el *espíritu sometido* me recuerde a la autoridad que lo doblega. Asumo en este caso con mucha ligereza la aspiración a la rebeldía, que es la de no reconocer por encima de mí nada de soberano (cuando mi soledad calcula la oscuridad del universo en la más insondable distancia) y de no esperar ya una respuesta proveniente de un silencio sin falla.

Un deseo de exactitud me guía en este momento, incapaz de convenir a ese alivio que me haría postrarme en condiciones de desamparo, de abandono y de sinsentido, frente a un poder tranquilizador. Un estado de pasión me prohíbe dejar que ascienda libremente el sollozo que en ocasiones me quebranta hasta hacerme sentir solo y que sólo me lleva a encontrar mi sombra alrededor de mí. Yo sé que el hombre en mí está solo en este mundo con la soledad que provoca la muerte, cuando alcanza a quien amamos; y mi llamado es un silencio que hace trampa: únicamente conozco este desnudo *instante*, inmensamente feliz y estremecido, que incluso un sollozo es incapaz de *retener*.

## II

Lo primero que he buscado es oponer esos seres rebeldes, que somos fundamentalmente, a este mundo, otrora indiscutido, que prescribía la sumisión. Pero no *todos* somos y no somos

*igualmente* rebeldes de la misma manera. Y dado que la rebeldía se asocia por sí misma a la condición humana, concedida a lo largo de la historia, no me sería posible prestar ningún sentido a la postura de *mi* rebeldía —de nuestra dichosa, torpe y con frecuencia incierta rebeldía— sin colocarla en la historia *desde sus inicios*.

Creo que el *ser* se elude en la sumisión, pero la fatiga, el deseo de eludirse y la degradación que vienen después surgen a la luz cuando también aspiramos, no sin torpeza, a la rebelión: de manera inversa, mediante la astucia o el don sin reservas de sí mismo, la rebelión surgió a la luz casi siempre bajo el aspecto de la sumisión. Debemos procurar entonces no verla en los rencores que hablan en su nombre, como no desconocerla en esos terribles resplandores que iluminaron el pasado. A diferencia de aquellos que relacionan la obediencia con los estados más advertidos, debemos incluso suponer que el ser posee en nosotros presencia real, o soberana, sólo cuando es rebelde; que su plena manifestación —que, *como el sol o la muerte*, no pueden *mirarse fijamente*— exige el extremo abandono a la rebeldía. De tal modo, el deslumbramiento despierto, o la furtiva dicha del éxtasis, aparentemente vinculados a una actitud de espanto, únicamente se ofrecen *pese* a la sumisión a la que el espanto parecía conducir. Asimismo, los caracteres neutros y tibios, el prosaico afanoso o el insulso lirismo de los rebeldes nos engañan: la más quemante de las experiencias, la que finalmente nos deja desplazarnos ilimitadamente no procede de una creencia humilde y formal, sino del raptó de la negativa. Sería una ingenuidad asociar decididamente el ser en su proceder más desesperado a verdades *sensatus*, hechas de concesiones al espíritu de la docilidad: ese salto que nos arrebató de la pesantez tiene la inocencia de la rebeldía; la tiene, *de hecho, en la experiencia*, y si es cierto que nos deja sin voz, sin embargo no podemos callar antes de haberla proferido.

Es verdad que una ilimitada apertura —al descuidar esos cálculos que nos ligan a una existencia articulada en el tiem-

po— nos deja frente a extrañas dificultades, desconocidas para aquellos que siguieron (o creyeron seguir) las vías de la obediencia. Si bien nos subleva con gran libertad, la rebeldía nos condena a desviarnos de su objeto. No hay nada en mi rebeldía que no invoque esa última y traviesa soledad del *instante*, que yo soy, que igualmente seré, que finalmente seré de una manera acabada en la escapada que de súbito pone rigurosamente en juego mi muerte,\* ni tampoco nada que me aleje de ella. Si lo considero aislado de un pensamiento que entrevera el pasado y el futuro de cosas manejables, el *instante*, que se cierra en un sentido pero que en un sentido mucho más agudo se abre negando aquello que limita a los seres separados; el instante es el único ser soberano. Por rebeldía, me rehúso a dejar que una parte soberana, aun cuando me haya parecido irreductible en mí mismo, deje de ser tal al hallarse sometida a otros poderes, que la tratan y la emplean como una cosa y que encadenan esta cosa a las intenciones del pensamiento eficaz. Si otorgo algunas consecuencias a este movimiento de rebeldía, debo esforzarme y luchar por negar el poder de aquel que me aliena, me trata como cosa, reduciendo a una mera utilidad aquello que deseaba arder *por nada*: de tal modo sólo abandono la prisión de la servidumbre para entrar en los enca-

\* No pude precisar dentro de este desarrollo que lo esencial de la escapada de la que hablo reside en ese estar en juego, no sólo de una manera inesperada, sino tan resuelta que el ser cuyo instante se halla en equilibrio está de algún modo puesto en juego, como si se tratara de un escamoteo. Ahora bien, tal escamoteo está tan bien hecho que el público (pues el *ser* es tan escamoteador como víctima) se levanta con un inmenso aplauso, del mismo modo que el mar se levanta con una ola: pienso en una especie de aplauso en el que la exaltación es desmesurada, dado que la belleza del escamoteo es tan grande que provoca un sollozo contenido. (Me parece que no es algo admitido, pero resulta poco objetable que uno lllore al ver cómo toda una multitud es arrastrada por la exclamación.) Hay que decir que en la estrecha circunstancia del instante el *yo* desaparece, pues una conciencia que no aprehende nada más allá del mismo presente, desinteresado en todo lo demás, no puede ser consciente de ese *yo* que no sabría distinguirse de otros *yo* si no contara con su duración. El instante, incluso en la muerte (e incluso en la idea de la muerte), no es aún esa circunstancia estrecha de una manera aislada, de una manera que es ya idéntica a la muerte; cuando mucho hay una fulguración que se pierde. Pero al saber y al desear que se pierda, obtiene el acuerdo gracias a esa desmesurada aclamación que, dilatándose en el súbito e irresistible pero dichoso raptó, proviene del último abandono del ser.

denamientos de una rebeldía consecuente; éstos sólo difieren *en potencia* de la prisión que esta rebeldía quiso abrir.

### III

Al remitirme, como he señalado ya que es mi intención, al transcurso histórico de la rebeldía, no puedo dejar de pensar que el rebelde pierde mucho —y quizá todo— si entra en esa estrecha vía de las consecuencias: a partir de ahí, sin una clara limitación, debe librar un combate en el que tendrá que subordinar el presente a fines lejanos y así hundirse en la obediencia.

Pero puedo remontar el curso de la historia: en el pasado, al menos en los tiempos que precedieron a "la sumisión", se abría un ancho camino para aquel que se negaba de entrada a sojuzgar la vida en su persona. El *ser* del que era depositario lo deseaba ahora insumiso, sin subordinarlo nunca a nada: no podía ser servilmente el medio de un fin que contaba más que él, debía estar ahí, soberano, sin límites, sin dejar nunca de rechazar, por ningún resultado futuro, lo que somete. Tal actitud es terminante, aun si compromete la vida: entre el sojuzgamiento y la muerte, cada quien es libre de elegir la muerte.

Pero esta audaz resolución apenas podía llegar un poco más lejos, pues la pesantez no aventajó ni ensanchó a la humanidad: del mismo modo que una desacostumbrada caminata entumece las piernas, el trabajo impuesto y desdichado dejó una huella en *los demás*. La humanidad no es el gran aliento de poesía que me agota vanamente: es una avaricia atascada en el lodo de diciembre de una granja, en un país frío, celoso, enfermo de odio. El rostro mismo de un ser humano anuncia que es mejor vivir en el cálculo mezquino y subordinar cada gesto a la ganancia. El ajamiento ligado a esta conducta no le es perjudicial, y su límite es el sojuzgamiento del ser. Todo hombre, en potencia, sigue siendo un soberano, siempre y cuando prefiera morir a ser sometido. Desde este momento, puedo ya

no desear otra cosa que mi propio capricho y, según mi suerte, lo conseguiré o moriré. Por eso es por lo que puedo decir, sin mentir e incluso sin forzar la verdad, que todo hombre es soberano si pone su vida en juego con su capricho. Y si antaño el capricho de los príncipes disponía de todo el mundo, fue en la medida en que pusieron en juego su propia vida. Las vicisitudes de los hombres son tan variables, que a este aspecto se oponen en principio otras en apariencia contradictorias; pero esta verdad primera: *que hubo principes*, aun cuando por lo general su sentido se nos escape, y nos obstinemos en no percartarnos de *que ella nos domina*, no deja de recordarnos con mayor claridad que una vía soberana más accesible y más sencilla que la rebelión se abrió inicialmente a la voluntad que no se inclina.

En un determinado punto del movimiento que se rehúsa en mí a la servidumbre que la condición humana le impone a la mayoría, puedo dejar de preocuparme por los demás hombres, limitando a los míos y a mis amigos una solidaridad siempre precaria. Que un puñado de hombres se haya puesto de este modo *por encima* de la servidumbre es tanto menos digno de asombro que si se le toma en su conjunto y desde el principio, ya que la humanidad tendía espontáneamente a ubicarse un poco *por debajo*. Si hay un punto de la historia que parece poco objetable, es sin duda el que concierne al trabajo, al que, contrariamente a los animales —por lo menos la mayor parte—, los hombres se sometieron por su cuenta. El trabajo va de la mano de los interdictos a los que los primeros hombres parecen haberse sometido igualmente sin ser obligados por nadie. En apariencia, estos seres tan cercanos y tan distantes a la vez de nosotros se opusieron a los animales, acatando por propia voluntad leyes como las que prohibieron el libre comercio sexual y el asesinato. Aunque precediendo a la historia en sentido estrecho. E incluso si lo dudamos, suponiendo cierta antigua intervención de la coerción, debemos convencernos de

que la humanidad en su totalidad se sometió por sí misma, prácticamente al mismo tiempo, a la ley del trabajo y a aquellas otras de los grandes interdictos. Se sometió, renunció a la natural soberanía del animal.

Pero este acto de sumisión, en condiciones en las que la coerción no influía, debía acarrear precisamente la necesidad de una compensación. Una servidumbre voluntaria tenía forzosamente una finalidad más allá de la actividad, común a los animales y a los hombres, suficiente para la subsistencia. La humanidad hizo que el tiempo de la licencia —en el que los interdictos se debilitan— sucediera al de la servidumbre. El acto soberano de la fiesta, en la que nada que no sea este instante cuenta, y que está aquí, compensa el acto contrario que obligó a actitudes de sumisión y que, por medio de una sordera ante lo que no es, resultó ser una solución y un fin.

Lo que, en el tiempo, los caprichos de la fiesta son a la subordinación del trabajo, el soberano lo es en el espacio al individuo que trabaja a su servicio. No es que el soberano no se halle él mismo sometido a leyes: pero éstas regulan sus relaciones con los demás, así como las precauciones que éstos deben adoptar en presencia de esa fuerza irreductible que no puede estar subordinada a nada; otorgan del exterior los límites a los costosos efectos que se propagan a partir de aquel que no está limitado por nada. Pero en el reino del instante, el soberano no sólo coloca a otros hombres frente al poder con actos peligrosos y caprichosos: él mismo permanece en ellos; de esa manera es aquel que no puede de ninguna manera ponerse al abrigo, al no poder vivir bajo el peso del cálculo.\*

\* Hace falta una larga disertación en este punto, y me parece que suponiendo que no hiciera falta, otra cosa, que debo callar, sí faltaría. Y sin duda, se me dirá, debí haber callado desde antes... ¿Debí acaso sentirme mareado al internarme en el laberinto sin salida de los relatos que la historia repite —y renueva— sin fin, de esta noche a la otra que la sigue, o de esta tumba a esta cuna? Pero si dejamos de asociar a estas formas objetivas que la historia compone y recompone (como lo son la servidumbre y el dominio...) *las experiencias interiores* (las reales y aquellas otras que la imaginación me muestra fácilmente) que responden a ellas, renunciaríamos a lo que en reali-

La crueldad no está en juego, pero la soberanía sin la esclavitud tiene algo de concertado... Mientras que la esclavitud fue impuesta a los vencidos de tal modo que sólo la muerte habría hecho posible la insumisión. El esclavo que trabaja no es más que el resultado de una coerción. Aquellos que no se inclinan por propia voluntad frente al soberano le subordinan —obligados— hombres que, de otra manera, rechazarían el trabajo. De esa manera el esclavo no colocó por su cuenta al amo por encima de él. Al fin y al cabo el soberano, que quiso preservar en sí mismo al *ser* de la sumisión y cuya esencia le parecía ser irreductible a la sumisión, lo deja ir desde el momento en que el *ser* es el de un vencido y el de un extranjero. El rechazo que el hombre del capricho opone al avasallamiento no sufrió aparentemente cambio alguno. Pero la excusa que tenía dentro del acuerdo íntimo desaparece si el esclavo involuntario, y no el súbdito, está obligado a servirle. O, más bien, adquiere el poder de utilizar el trabajo para otros fines que no sean la peligrosa soberanía del ser: en tales condiciones puede desear retirarse del juego, permanecer al abrigo, y, lejos de vivir en el instante, privarse a sí mismo de la fuerza sagrada de la que pudo gozar, a cambio de ese deseo en que dura el instante y que posee precisamente el don de apagar su llama.

dad somos, al ser otorgado en nosotros mismos y en el que cada forma objetiva sólo toma su lugar vinculada al sentido que ella posee en el plano de un dato subjetivo. Tal cosa, es cierto, es hacer, como se dice, *tabula rasa*, pero sea cual fuere el sitio en el que hallamos colocado el auténtico dato fundamental, no hemos hecho otra cosa que afirmarnos en una actitud pedante, en la que únicamente nuestra necesidad, tímida o solemne, nos impide confesar con claridad que no existe dato tan simple como para que podamos decir: toco el suelo, *aisladamente*, de todo el resto... De todas maneras, ese *suelo* en el que se ha hallado lo *claramente* conocido no es tan claro para una conciencia en la que él causa la opuesta sensación de la *noche*: de lo que es simple como sería el mundo para quien, al no ver ni discernir nada, no podría decir *pienso*, a falta de objetos de pensamiento palpables capaces de prestar a la distinción "yo" el sentido preciso que no solamente lo distingue de otros objetos sino de ese pensamiento que se manifiesta en él...: pero fuera de esas breves figuraciones, que sólo se articulan durante algún tiempo y nos abandonan a la vuelta misma en la que pensábamos que al fin *veríamos*, quien efectivamente ignora que el mundo es de él (o no es en él) únicamente durante esta acabada noche, cosa que carece de un nombre imaginable, se evade infinitamente.

En definitiva, el fracaso del soberano de la Antigüedad, cuyo camino habría podido parecer menos aberrante que el del moderno rebelde, no es menos íntegro de lo que el descrédito general sugiere. Si nos preocupamos por dejar intacto en nosotros mismos un gesto soberano del ser, no podemos reducirlo en los otros más de lo que, provisionalmente, dejamos que tal gesto se subordine en nosotros a la espera de la emancipación final.

#### IV

Es este dilema el que, según las apariencias, evitaba un acto de sumisión desmesurado. A los ojos del hombre sometido, el estado soberano no podía ser accesible a la *criatura* que él era. O, si se prefiere, a la medida del hombre, el estado soberano —en el que ya no hay límite permitido ni sumisión tolerada— es el pecado. Y, si se puede, debemos eliminar el pecado de la Tierra, e incluso generalmente del universo, pero en cambio no podríamos —de hecho no lo deseamos— atentar contra aquello que en el seno del ser es soberano, que nos domina y domina lo que de más poderoso se eleva humanamente. La soberanía en la sumisión se convierte en un asunto del otro mundo: en un sentido, el hombre sometido, piadoso y religioso, no pospone *para más tarde* ser soberanamente, sino para el más allá, que no es ulterior si consideramos *sobre la marcha* la totalidad de lo que es; que, para nosotros, no solamente es ulterior, sino separado de nosotros en el espacio —o si se quiere: en el orden del espacio, fuera del espacio—.

Esta configuración no es arbitraria. Comparada con la que definía a un soberano *de este mundo*, abrió un campo de renovadas posibilidades al ser. Al mismo tiempo, aunque con prudencia, denunció los juegos de luces que abusaban de la simplicidad humana de la manera más grosera. Pero hay en ella una falla cuya consecuencia es *mortal*, en cuanto que apenas si logra mantener la distancia del ser soberano con el hombre

sometido. Ese Dios al que nada definido manifiesta, y que en última instancia depende de esos hombres para los que —formalmente— él es una representación del espíritu, tiende a responder él mismo, a su vez, a las exigencias de sumisión a las que estos últimos se pliegan. Él es soberano pero la angustia humana, que es la más apta para evaluar aquello que nada limita ni subordina, tiende a cargar esta ligereza con su peso, a poner en la razón lo irracional y a ofrecer leyes al capricho. Un Dios de los filósofos, un buen Dios a imagen del Bien y de la Razón, es lo que el servilismo introdujo para trocar el presente en deseo de futuro, que aniquila el instante y hace del cálculo un símbolo vacío opuesto a la inmensidad —como lo separado, lo yerto, a la negativa de todo límite—.

No quiero decir que la "religión", definida por la sumisión, se limite en ella a ese acto de pesantez: su impulso inicial la lleva en sentido contrario, pero la "religión" es ese cuerpo invadido por el embotamiento y el sueño interminables y que sólo vive siempre y cuando reviva. Nada que se diga "religioso" puede existir sin solicitar incesantemente que una especie de *rebelión* limitada lo niegue, lo reforme o lo reinicie: la sumisión aleja siempre, insensiblemente, de la soberanía que es su fin. Incluso un impulso que no ha sido aún frenado, que ninguna angustia desvía silenciosamente del objeto soberano del que ya hablé, se molesta tan pronto en hacer los cálculos que son en principio fundamentales para el espíritu dócil.

Tales cálculos deberían ser olvidados por la piedad. Y llega a suceder que lo sean. En ocasiones el temor al infierno (o a sus renovadas encarnaciones), el deseo de salvación pierden en el sentimiento del alma extasiada el sentido que poseían para el ser dócil. Pero, para un salto a la divinidad, ¡qué de laboriosos métodos y fastidiosas meditaciones en las que el acceso al estado soberano es imaginado como un viaje!

Dicho esto, los métodos de meditación religiosa, que tienden a ofrecernos, si no la soberanía, sí la visión de la esfera soberana, no pueden ser considerados en forma unilateral. Jamás

hay un acto sencillo humanamente hablando: no existe un estado indiferente en el que el cálculo no tenga algo que ver; a la inversa, los cálculos más indiscretos son por lo general seguidos de actos ingenuos.

Entramos en la búsqueda de la salvación, en un mundo inestable, de equívocos, de hábiles malentendidos y de ardidés de manifiesta sinceridad. La salvación parece ser en principio la operación por excelencia. Al contrario de un goce ingenuo y soberano, no existe cálculo más sojuzgado que el del devoto que, por espíritu de sumisión, rechaza el incentivo que le propone el instante, condena la vida inmediata, con miras a un bien infinitamente mayor que le será entregado *más tarde*. Pero *más tarde* no es su calidad exclusiva. Es cierto para el fiel tentado en el momento de la tentación. En otras ocasiones, el incentivo del bien soberano es *sensible* sin espera. Tal bien no se propone siempre con un poder de seducción menor al de otros objetos del deseo: pero nos puede ser ofrecido de una manera independiente de la realidad exterior, sin que la suerte, la audacia o el abuso de la fuerza nos lo hayan procurado. No sucede lo mismo con aquellos incentivos a los que por lo general no podemos ceder sin pecado, como los del amor o los del crimen. Sólo podemos amar o destruir a seres que el destino coloca a nuestra merced; y, en la mayor parte de los casos, debemos hacerlo a expensas suyos. Mientras que, en última instancia, de nosotros y de nuestro esfuerzo depende el acceder al bien soberano.

Sin duda alguna lo divino fue casi siempre ofrecido a los hombres de la misma manera que el objeto de la sensualidad o del asesinato: les fue revelado del exterior. Incluso debemos imaginar que al principio lo divino fue sensible objetivamente, y que los ritos lo revelaron en sitios que le fueron consagrados. Esto no dejaba de implicar esa destrucción que es el sacrificio, y el mismo Dios de la Iglesia nos fue ofrecido sólo en la cruz. Pero a partir de ahí fue posible evocar en la memoria lo que de esa manera poseía la virtud de extasiar. Es algo posible

en otros terrenos, pero únicamente las manifestaciones de lo divino fueron en un principio evocaciones que la soledad enriqueció en lugar de empobrecer. De tal modo, la meditación de la esfera divina fue el crisol en el que el ser humano, lentamente, se desprendió y más tarde se consumió en el instante, hasta que, ignorando voluntariamente un mundo de carne y de sangre, alcanzó el más indiferente de los estados soberanos.

Si, enfocando toda su atención en el instante y según la modalidad común del conocimiento, algunos hombres hubieran intentado buscar un momento soberano, la impotencia de la atención habría actuado sola.\* Pero al proponerse un objetivo, la salvación, la meditación religiosa, que era objeto de un valor incomparable, lo único que hizo fue detener a la conciencia en un incentivo ya sensible. La meditación metódica orquestó un tema —ya dado— o desarrolló sus variaciones, lo desnudó hasta reducirlo a un contenido elemental, afectando la sensibilidad de manera tan intensa que, más allá, no existe ningún interés imaginable, y que el alma, que en un principio había pretendido *morir de no morir*, recibe en silencio la simplicidad,

\* Definitivamente, ¿cómo podríamos contar con la atención para aprehender en nosotros mismos un presente fuera del cual nada de divino, de soberano, de incalculado nos es dado? Al ofrecerse el presente como objeto, la atención necesariamente nos engañaría: para este fin tendría que reducirlo en un principio a un futuro. Pues la atención es un *esfuerzo* con miras a un resultado, tiene la forma del *trabajo*, e incluso ya no es simplemente otra cosa más que un momento del trabajo. Podemos trabajar sin atención, pero el trabajo más desatento fue primeramente una consecuencia de la atención puesta en la difícil operación. Es el esfuerzo aplicado al discernimiento de un determinado aspecto de un objeto. Pero si queremos discernir dicho aspecto, es con la intención de transformar ese objeto. Podemos no desear cambiar nada en la *realidad* del objeto propuesto de esa manera a la atención, pero entonces al menos cambiamos (salvo fracaso) el conocimiento que tenemos del mismo: cambiamos el objeto insuficientemente conocido en objeto mejor conocido. De ese modo la atención puesta en el instante no puede tener *en verdad* como objeto al instante mismo, pues el objeto asignado lo es en una operación que debe hacernos conocerlo mejor, y el conocimiento, aunque sea en sí mismo un fin, no puede serlo *en verdad* en la medida en que no es exactamente sino una obra con miras a un resultado, o como tal deja de contar en cuanto es adquirido —excepto el día en que tengamos la oportunidad de dar a conocer el resultado a otros—. Esto significa que, en principio, el atento conocimiento nunca es contemplación en sentido estricto: induce al indefinido desarrollo (la servidumbre sin fin) del discurso: así es como la atención, si considera el instante, lo transforma en realidad, de aquello que inconscientemente se nos escapa, en lo que a sabiendas se nos escapa, pese a la atención que pongamos en él.

vacía de sentido, de la muerte. Pero la operación tan claramente subordinada que llegó a tal *resultado* no encontró lo que buscaba y no buscaba lo que encontró; nunca se convirtió en lo que quiso ser y el místico jamás obtuvo respuesta a su empresa, a no ser la de un pájaro burlón en el que él mismo se había convertido, que trinaba ahí donde nadie oía nada. Sin duda, ésa es la razón por la que los adeptos al zen, que eran unos "maestros" poco serios, al ver a aquellos que se habían propuesto seguirlos como las víctimas designadas de una farsa *soberana*, fueron los más capaces de todos los guías al no arruinar mediante discursos, sino con su conducta, la noción de empresa y de camino. Por lo demás, es lícito pensar que, si al hablar de sus estados, los místicos inducen en error a quienes los escuchan, puesto que hablan de aquello que los demás no conocen, lo que encuentran no es la dificultad de su pretendida búsqueda sino su fortuna. Efectivamente, no puedo aceptar que exista búsqueda alguna en la medida en que nunca encontramos nada, a menos que no lo busquemos. No es que el inmenso esfuerzo del mundo religioso a través de los siglos y de las variadas civilizaciones no haya querido decir nada. Pero si hubo algún sentido, fue *a pesar* del principio de la sumisión y de la empresa de la salvación, de la que sin embargo no debo hablar con demasiada simplicidad a causa de esta razón: ¿no fue también acaso en otro sentido una *rebelión* de hecho en contra de una sumisión general al mundo real, que limitaba el poder de la seducción a la suerte, y que situaba los momentos soberanos bajo la dependencia de la fuerza?

v

Así es como el mundo de la sumisión fue incesantemente recorrido por imprevistos resplandores soberanos, pero sólo en la medida en que rechazaba la pesantez ligada a la sumisión. El éxodo del mundo real —la conquista de una esfera soberana

localizada en el más allá— tuvo seguramente de su lado el sentido de un rechazo de la omnipotencia de este mundo. Pero la sumisión preservaba de esta manera la soberanía de la pesantez y de la superchería dentro de los límites de la realidad: soberana afirmación de lo que era el despilfarro de la altivez (cuando los más altivos eran en lo sucesivo los más cómicamente sometidos). Al actuar de esa manera a escala humana, el principio de la sumisión no tuvo más remedio que situar la vida en el soberano poder de la comedia.

¿Cómo imaginar un malentendido más enmarañado? Puso fin a una brutalidad casi cínica... pero sólo nos libramos de ella corriendo el riesgo —que hoy deseamos resolver, aunque sólo es posible lograrlo con la fiebre de la rebeldía— de enmarañarla aún más...

¡No se trata de desenmarañarla totalmente! Para intentarlo, habría que dejar de ver que un mundo cuyas contradicciones pueden ser resueltas ya no tendría ninguna finalidad soberana —o que un mundo que tuviera una finalidad soberana partiera de una contradicción fundamental, oponiendo la razón (lo que es sensato, racional, pero que al ser un *medio* no puede ser un *fin*) a la *finalidad*, que es siempre *inútil*, y siempre es *insensata* (lo útil es tal debido a un fin determinado que, por definición, no es útil)—; asimismo, nada puede tener propiamente hablando un sentido si no con respecto a alguna otra cosa; ese algo con respecto al cual se da el sentido no puede remitir indefinidamente más lejos: es un momento soberano perdido en la inconsecuencia del instante. Un trasfondo de insensatez, compuesto ora por la imaginación, ora por el desorden, y a veces por la extrema tensión de la vida, escapa sin ninguna duda a toda racionalización imaginable; de lo contrario dejaríamos de estar dentro del mundo *en el tiempo presente*, estaríamos totalmente *al servicio* del tiempo por venir. Sobre todo, no podríamos pensar de ninguna manera en hacer entrar nada que fuera racional o premeditado en la esfera soberana. La humanidad, que desde sus orígenes fue orientada por interdicciones

y por la ley del trabajo, no puede ser al mismo tiempo humana, en el sentido en que se opone al animal, y auténticamente soberana: en ella, la soberanía nunca fue otra cosa que algo reservado, como una parte de salvajismo (de absurdo, de infantilismo o de brutalidad, y más escasamente de amor extremo, de belleza trastornada, de extasiada inmersión en la noche). ¿Cómo sorprendernos de que la rebelión en nuestros días, al negarse a alienar esa parte irreductible que nos pertenece a cada uno de nosotros, no pueda no obstante asumirla? Sin embargo le es preciso limitarla, al menos en cuanto a que nosotros no podríamos, sin caer en contradicción, reducir la parte de los demás a fin de no reducir la nuestra; pero resulta difícil hacer el reajuste de los derechos, y la rebelión se estanca al consagrarse a la tarea que debió asumir: se encuentra tan perdida en un interminable trabajo, que nada está ahora más lejos del pensamiento de los rebeldes que el fin soberano del ser (este fin quizá pueda ser recuperado, pero, por miedo al escándalo, se ofrece entonces como lo que no es, como algo útil). De este modo el dilema de la soberanía no se plantea de una manera menos absurda para el moderno rebelde que para el rey divino o el monje. Si abriga el deseo de escapar a las condiciones que lo condenan, no dispone como ellos de más recurso que la suerte o la obstinación de la negativa. El único cambio que se ha producido resulta de la claridad lograda en una situación tan descarnada como ningún hombre hasta nosotros pudo concebir más duramente esclarecida: toda la humanidad bloqueada, en este caso en medio de las contradicciones arcaicas de los religiosos y de los reyes, pero en el atolladero de una rebelión terminal que regresa a la sumisión, aunque más perfecta y sin más allá.

Cuán difícil sería representarse, sin haber imaginado para ello los exactos antecedentes, las condiciones en las que un hombre accede a su soberano —inmediato— fin en la actualidad. La rebelión ha socavado y arruinado lo que en el fondo de las

edades había tenido el caprichoso tono de la autoridad, y no queda nada de soberano, entregado al exterior, que pueda ofrecernos el *violento deseo* de inclinarnos. ¿Cómo podrían tener aún el poder de quebrantarnos esas exhaustas voces? Apenas resulta posible soñar con algún refugio, con un remanso tranquilo en medio de tales ruinas: son majestuosas, y a veces amparan a aquellos que ya no son capaces de enfrentar un mundo que les parece totalmente hostil. En realidad nada permanece y nada aparece en el universo capaz de tranquilizar o de guiar la incierta existencia del hombre. Sólo podemos ofrecernos a nosotros mismos la gloria de ser frente a nuestros ojos esta imagen absurda, risible y angustiada. Así, en la oscura noche en la que nos sumergimos, nos queda la posibilidad de sabernos ciegos y de extraer de la negativa que oponemos a esas migajas de conocimiento que nos embrutece una virtud: la de despertarnos sin medida frente a esta noche y erguirnos, titubeantes o risueños, angustiados y extraviados, en medio de una intolerable dicha!

Pero sin duda debemos evitar hablar estrechamente de una experiencia todavía por llegar. Cuando mucho es lícito afirmar que el *rebelde soberano* se ubica aparentemente tanto como consecuencia de los éxtasis de los santos como de las licencias del desenfreno... Pero lo que le corresponde es intentar apartarse y retirarse discretamente hacia la oscuridad, que es su dominio. Si se le asocia al esplendor de la poesía, si el discurso prolonga en él sus últimas y precisas claridades, su vida no obstante mira hacia una ladera opuesta en la que al parecer el silencio y la muerte se han establecido definitivamente. Sin lugar a dudas, en la plena negación que sucede a la ruina de toda autoridad, la única verdad de la que disponemos es la del instante.\* Pero el instante, cuya verdad es lo único que nos ata-

\* Cómo imaginar que con una *autoridad arruinada* pueda subsistir en este mundo, fuera de la del instante, una verdad válida para todos más interesante que "esta mesa es verde", "este hombre tiene más años que aquél" --que responda a otros problemas fuera de los de interés práctico--. Sin embargo, el instante es silencio.

ñe y que por lo tanto no puede ser negada, nunca será tanto el instante como cuando sea el último (o cuando sea el del último hombre...). Todavía, antes de callar, deberé descartar la posibilidad de un malentendido: no hay lugar en este cuadro para nada que sea grave u orgulloso, dado que la reputación de la muerte está sobrestimada y el silencio del que hablo es jubiloso. La rebeldía es el placer mismo, y es igualmente: *aquello que se burla de todo pensamiento.*